

CONVERGENCIA/MAYO 2025

Dado el poco tiempo asignado, iré a lo esencial del asunto situando la apuesta desplegada por Pascal en su Apuesta del siglo XVII, en un momento muy preciso de la historia de las ideas: el de la emergencia del discurso científico y del cogito cartesiano que va a revolucionar la racionalidad.

El dios de los filósofos es criticado por Pascal como «boca de agujero», dios de la razón que desarrolla la función del UNO, de la totalidad, y al que opone el dios de la fe de los días antiguos escapando a toda razón aunque no a la certidumbre.

La apuesta interviene en un contexto de crisis, de suspensión de la creencia en la existencia de Dios.

La apuesta se refiere a la existencia o no de Dios. Transferido por Lacan como similar a la existencia del "yo" como sujeto de la enunciación.

¿Quién habla? ¿A quién le está hablando?

Toda cura es también, en este sentido, una apuesta, un acto que implica al sujeto, en el acto de elegir, a determinarse.

Por su experiencia personal, atravesando una crisis mística durante la *noche de fuego* (23/24 noviembre 1654), donde experimenta el misterio de la fe como una verdad revelada, Blaise Pascal no renunciará a su trayectoria científica, pero extraerá de ella la necesidad de distinguir la *fe* del *conocimiento*; un saber, pues, como un *saber de lo Real*.

Me remito a la resonancia de su ya famoso *dictum*: «el corazón tiene razones que la razón no entiende». Existe un amor inexplicable, inexplicado, de una alteridad radical; incluso con relación al sujeto que lo causa. Me remito, en este sentido, a la transferencia y al analista portador del semblante de objeto *a* y al aforismo «en ti, más que tú, amo el objeto *a*; gracias a mi deseo, te amo, te mutilo».

Eficiencia de la causa como causa perdida, que es el objeto *a*, el objeto perdido, perdido porque nunca ha existido.

Pascal, sin embargo, matemático riguroso, observa algo distinto entre objeto de fe (verdad revelada), y conocimiento racional. *Lo que es revelado no es un saber*.

Kern unseres Wesen. «En el corazón de nuestro ser», —tal y como se expresa Heidegger en su planteamiento ontológico; saber experimentado como tal, inmanente a lo Real. Indemostrable. Es en el acto mismo de nombrar esta inmanencia que el sujeto adviene. La corriente existencialista deriva de ella: la existencia precede a la esencia. Lacan nombra esta desviación como desviación del «decir al dicho», implicando la dimensión del olvido, como despertar de aquello que no deja de no decirse. Dios se manifiesta en esta diferencia heurística irreductible de *decir a decir* entre *imposible decir*, necesario y contingente (no puede ser esto, no puede ser esto, es esto) y contingente, *este imposible me contiene y me causa* (contingencia como *mihi contingit*)

La Apuesta, pues, se sitúa en el punto exacto del fallo de lo real y de lo simbólico, de la disyunción entre saber y verdad, único, y sin excluir cualquier otro discurso. En el discurso del analista el saber adviene al lugar de la verdad como ignorante e ignorado. Pasaje de la discontinuidad significativa a la

continuidad de lo real. Esto opera por la crisis *existencial* ligada al surgimiento de la angustia;

desplazamiento psíquico de una lógica serial proposicional a una lógica en ruptura. Posición de un saber sin sujeto/devenir Otro del ICH. *Existe?* Cuestión de realización de la cura. ¿Sobrevive el sujeto más allá del plano de la identificación.

La apuesta se sitúa en el punto del fallo estricto del saber. Este punto implica la coacción a repetición, implica el acto.

¿Cómo convertir a los escépticos, si no se puede probar racionalmente la existencia de Dios? La apuesta no es más que un argumento para convencer a los no creyentes, en particular a los libertinos y a los jugadores con los que se relaciona: creer en Dios. Su argumento es simple: tienen todo por ganar y nada que perder al creer en Dios. Creer en Dios, ciertamente, implica obedecer a los mandamientos religiosos, pero es poca cosa ante la promesa de ganar una infinidad de vidas infinitamente felices.

Al enfrentar la verdad de la razón y la del corazón, Pascal opera la distinción entre el campo de la verdad y el del saber, planteando al mismo tiempo la cuestión de la garantía. Lo cual entra en resonancia con la paradoja constitutiva de un vínculo llamado «instituido» para la transmisión del psicoanálisis.

Al Dios de la razón promovido por Descartes, contrapone el Dios de Isaac, de Abraham y de Jacob. Es el Dios del Antiguo Testamento, el de los creyentes. Un dios del que recordaremos que, lejos de exigir la muerte de Isaac, sacrifica, bajo la especie del carnero, el tótem del padre que goza, no sin antes tomar la libra de carne que le toca.

La referencia tomada por Pascal es, pues, la de un dios que autoriza la vida al precio de una cesión del goce.

La apuesta de Pascal se sitúa en un punto donde el saber falla. Al poner el acento sobre la renuncia al goce y su recuperación, esta operación le permite a Lacan liberar la función de la lógica del objeto más-para-disfrutar. Hace que se equipare la apuesta en la apuesta al objeto *a* y distingue dos valencias de este objeto. Es, por una parte, aquello que pone la inconsistencia del Otro en juego, en la apuesta; y, por otro lado, lo que responde a esta inconsistencia.

Aquello que está en el límite del lenguaje es lo que le interesa a Lacan.

La hipótesis *dios* es una forma de tapar el agujero del lenguaje. La apuesta de Pascal es, en resumen, un esfuerzo por apoyar la existencia del Otro. No se puede confiar en el hecho de que haya Dios —y si es necesaria esta muleta, ello significa que la apuesta misma se tambalea—. Uno tiene que poner de lo suyo en aquello que comprende e integra la apuesta.

Es en este lugar en el que Freud colocó al Padre, y que Lacan lo formalizó bajo el enunciado del Nombre del Padre como aquello que organiza el significado para luego cuestionarlo.

Sin embargo, lo que no entra en el cálculo es el acto. Aquello que escapa es ese punto donde se sitúa el sujeto como sujeto de la enunciación.

En la enunciación, el sujeto compromete su goce, lo cual no se reduce al significante (cf JL) «De nuestra posición, en tanto que sujetos, siempre somos responsables».

Dejo la palabra a mis colegas. Los cuales dan testimonio, en su práctica, de la

necesidad de *no saber* como condición misma del hecho que tiene lugar en «el acto analítico». Precisamente como aquello que no forma parte del cálculo, como aquello que constituye el punto de *necesidad* donde adviene el sujeto como sujeto de la enunciación.